

ARTICULOS

El análisis histórico según Augusto Comte *

Por HENRI GOUHIER

I.—UN FILOSOFO CELEBRE Y UNA FILOSOFIA DESCONOCIDA

Augusto Comte murió en París, hace cien años, el 5 de septiembre de 1857; nacido en Montpellier el 19 de enero de 1798, no tenía aún sesenta años. (1).

Augusto Comte es un filósofo muy conocido, y sin embargo, desconocido. Su obra ocupa un capítulo importante en todas las Historias de la Filosofía; su nombre se encuentra en todos los manuales, incluso elementales; ¿qué estudiante no ha oído hablar de la ley de los tres estados y de la clasificación de las ciencias que constituye su complemento?

Entre tanto, en cada generación, hay hombres en el mundo que *descubren* a Augusto Comte. Sin duda se dirá que se da ahí una especie de ley común: como las obras maestras del arte, los grandes pensamientos sobreviven al revivir en los espíritus que los reinventan. Entendámonos: *descubrir* a Descartes o a Kant o a Hegel,

* Con este artículo, escrito por un insigne hombre de estudio y especialista, la Revista aporta su tributo a los estudios comtianos, con ocasión del primer centenario de la muerte de Comte (1857-1957).

(1) *Le Cours de Philosophie positive* [1830-1842] es citado con arreglo a la 5.ª edición, idéntica a la primera. París, Société positiviste 1892-1894, seis volúmenes; el *Système de Politique positive* [1851-1854], con arreglo a la 4.ª edición, idéntica a la primera, París, Crès, 1912, cuatro volúmenes. — La primera exposi-

ción de la ley de los tres estados se halla en un opúsculo impreso bajo títulos diversos: *Prospectus des travaux scientifiques nécessaires pour réorganiser la société* (avril, 1822); *Système de Politique positive*, tome I, 1.ère partie (avril, 1824); *Plan des travaux scientifiques pour réorganiser la société*, dans *Système de Politique positive*, t. IV, Appendice général, 3 partie (1854). Lo cito bajo este último título, con arreglo a *Opuscules de philosophie sociale*, París, Leroux, 1883.

es comprobar lo que ya sabíamos, es reconocer que la reputación no era engañosa, es constatar que nuestros profesores tenían razón... Los que *descubren* a Augusto Comte tienen la impresión de visitar una ciudad señalada por las guías turísticas, claro está, pero sin decir esas palabras que producen en el viajero el deseo de detenerse largamente: de no ser por un feliz azar, nos hubiéramos contentado con una rápida ojeada, sin sospechar las dimensiones y las riquezas de una ciudad escondida bajo un nombre célebre.

Existen numerosas razones para este estado de cosas. La principal se refiere a la naturaleza misma de la filosofía de Comte.

Esta filosofía debe a la vez su estructura y su dinámica a la ley de los tres estados y a su desarrollo a través de una clasificación de las ciencias. "Por la naturaleza misma del espíritu humano, cada rama de nuestros conocimientos está necesariamente sujeta en su marcha a pasar sucesivamente por tres estados teóricos diferentes: el estado teológico o ficticio; el estado metafísico o abstracto; en fin, el estado científico o positivo..." (2). Se trata de unos "estados teóricos", es decir, correspondientes a ciertas maneras de pensar el mundo; ahora bien, pensar, es explicar; explicar, es tratar de unificar lo diverso: los tres "estados teóricos" son por lo tanto maneras de explicar y de unificar. La primera recurre a unas causas eficientes concebidas a la imagen de la voluntad humana, fetiches, luego dioses, y por fin, Dios. La segunda recurre a causas del mismo origen, pero disfrazadas de entidades abstractas, el principio vital, por ejemplo, o la Naturaleza, ese Dios que no se atreve a decir su nombre. La tercera sustituye las leyes a las causas: la ciencia positiva no busca ni fines ni causas, primeras o segundas; establece relaciones constantes entre los fenómenos.

"Por la naturaleza misma del espíritu humano, cada rama de nuestros conocimientos..." Para poder hablar de una "naturaleza del espíritu humano", y de una "marcha idéntica en cada rama de sus conocimientos", es preciso que todas las "ramas de sus conocimientos" hayan sido diferenciadas. En otros términos, la ley de los tres estados del espíritu humano no es tal ley sin una clasificación de todas las ciencias posibles que permita comprobarla históricamente. Cuando Augusto Comte reconoce seis ciencias fundamentales, matemáticas, astronomía, física, química, biología y sociología, quiere

(2) *Plan des travaux...*, p. 100. Las principales exposiciones de la ley se hallan en: *Considérations philosophiques sur les sciences et les savants* [1825], en *Système...*, t. IV, Appendice général, u *Opuscules de philosophie sociale...*; *Cours*, 1^{ère} leçon, t. I et 51^e leçon, t. IV: *Discours sur l'esprit positif* [1844], comienzo.

Sobre la ley, véase principalmente: LUCIEN LEVY-BRUHL, *La Philosophie d'A. Comte*, París, Alcan, 1900; se hallará un compendio de los comentarios y críticas provocadas por la ley en: HENRI DE LUBAC, *Le drame de l'humanisme athée*, París, Spes, 3.^e éd. 1945, 2.^e partie, Cap. I.

decir con ello: si la ley de los tres estados es comprobada en la historia de cada una de esas seis ciencias, entonces es en efecto la ley natural del desarrollo del espíritu humano, porque no hay ya que temer que una séptima ciencia venga el día de mañana a comprometer su universalidad y, a continuación, quitarle su carácter de ley natural. (3).

Nada es más fácil de comprender, nada es más fácil de exponer que la ley de los tres estados y la clasificación de las ciencias, incluso sin limitarse a estas rápidas indicaciones. Comte precisa, en efecto: el estado teológico tiene a su vez tres etapas: fetichista, politeísta y monoteísta; el estado metafísico es esencialmente crítico y destructor; al expulsar las causas, el espíritu positivo ha eliminado del conocimiento lo absoluto y ha introducido el punto de vista relativista. Comte explica, por otra parte, cómo su clasificación no es una simple distinción y yuxtaposición de seis ciencias fundamentales: traduce un orden, un orden de generalidad decreciente y de complejidad creciente, de abstracción decreciente, de proximidad al hombre creciente. En fin, cuando la ley de los tres estados y la clasificación de las ciencias se reúnen en una misma historia del espíritu humano, Comte muestra que el orden lógico de su clasificación se convierte en orden cronológico a la luz de la ley: cada "rama de nuestros conocimientos" llega más pronto al estado positivo cuanto más general es, más abstracta, menos próxima a los fenómenos humanos; a ello se debe el que la astronomía fuera positiva antes que las otras ciencias de la naturaleza y la sociología cerrará la marcha.

Así, la ley de los tres estados y la clasificación de las ciencias desbordan de los dos enunciados que se pueden recortar y copiar de todos los manuales. Cubren un sistema de nociones cuidadosamente elaboradas y encadenadas: basta con las dos primeras lecciones del *Curso de filosofía positiva* para hacer aparentes todas las conexiones que definen el sentido del doble principio descubierto por Comte en 1822. Sin embargo, ¿adquiere en verdad el lector de esas dos admirables lecciones una idea sobre el positivismo? Tal vez estas lecciones no sean verdaderamente admirables sin el estudio de las cincuenta y ocho que las siguen. (4).

La ley de los tres estados y la clasificación de las ciencias merecen, ciertamente, atención y discusiones; tomadas en sí mismas, con-

(3) *Plan des travaux...*, p. 101; cf. *Cours*, 2.^e leçon.

(4) Cf. ALAIN, *Comte en Idées*, 2^{ed.}, París, Hatmann, 1939: "Il faut suivre pas à pas les amples leçons du *Cours de philosophie positive*; faute de quoi on croira savoir ce que c'est que le positivisme, et on ne le saura

point du tout". De igual manera, en una obra reciente, M. Paul Arbousse-Bastide puede dar subtítulo a su estudio de las dos primeras lecciones: "*L'Exposition, texte classique et méconnu*" (*La doctrine de l'éducation universelle dans la philosophie d'Auguste Comte*, París, P. U. F., 1957, t. I., p. 79).

sideradas en sí mismas, son puntos de vista del espíritu sobre el espíritu que nos invitan a investigar si la historia de las ciencias las comprueba hoy en día como lo pensaba Comte. Ni más, ni menos. De ahí esta decepción o semi-decepción del lector que ha comprendido demasiado de prisa, desconfiando justamente de las filosofías donde la búsqueda de la verdad no requiere ningún esfuerzo. Reducidas a lo que dicen, la ley de los tres estados y la clasificación de las ciencias son al positivismo lo que la duda metódica y el *cogito* son al cartesianismo, una vez amputadas de lo que les sigue. Resulta fácil entonces encontrar el *cogito* en la Edad Media, en San Agustín o en la Antigüedad: sin embargo, no encontraremos allí la filosofía de Descartes.

Resulta fácil entonces mostrar el *cogito* conduciendo al solipsismo o al idealismo: pero ese *cogito* no es sin duda el de Descartes, puesto que Descartes ha roto el solipsismo y no se ha detenido en el idealismo. Duda metódica y *cogito* no poseen su sentido cartesiano más que en el interior de la obra cuyos fundamentos posan. Lo mismo sucede con los principios del positivismo. Turgot formuló la ley de los tres estados hacia 1751: ello no quita que si Comte no hubiera existido, nadie se fijaría en un determinado párrafo del *Discurso sobre los progresos del espíritu humano* (5); es decir, que la invención de 1822 no es sólo una observación inteligente, sino un pensamiento profundo cuya profundidad se mide con relación a sus consecuencias. Aisladamente consideradas, la ley de los tres estados y la clasificación de las ciencias parecen ser maneras ingeniosas de simplificar una realidad muy compleja. Ahora bien, vistos desde el interior de la filosofía positiva, tienen por el contrario la función de prohibir toda imagen simplista de la Historia, de obligar al filósofo a revisar las opiniones prefabricadas, de cultivar la desconfianza hacia las confusiones fáciles.

Las dos primeras lecciones del *Curso de filosofía positiva* definen un instrumento de análisis histórico: ahora bien, no es posible conocer un instrumento más que utilizándolo. Para comprender la ley de los tres estados y la clasificación de las ciencias, hay que ver a Comte usándolas en las lecciones de los tomos V y VI de la misma obra: como un buen ingeniero perfecciona su instrumental a medida que lo exige su trabajo; y el trabajo es, aquí como en otra parte, lo que coloca al hombre en contacto con la realidad, ya sea para modificarla o para comprenderla. La realidad impone su complejidad con densi-

(5) Texto escrito hacia 1751 y publicado tan sólo en 1808 en: *Ceuvres de M. Turgot*, t. II; cf. HENRI GOUTHIER, *La jeunesse*

d'A. Comte et la formation du positivisme, Paris, Vrin, t. III, 1941, pp. 400-403.

dad y la profundidad de un *cosmos* en el que vive una humanidad: la grandeza de Comte consiste en su esfuerzo continuo para someterse a ella, para sistematizar sin cerrar los ojos.

II.—EL INSTRUMENTO DEL ANÁLISIS HISTÓRICO

La ley de los tres estados y la clasificación de las ciencias constituyen un instrumento de análisis para comprender la Historia, pero una Historia que no es enteramente inteligible.

Sin duda, puesto que existe una ley del desarrollo humano, la Historia es inteligible en la medida en que esta ley le imprime una marcha invariable. "Por la *naturaleza* misma del espíritu humano, cada rama de nuestros conocimientos está *necesariamente* sujeta en su marcha a pasar por tres estados...". No hay aquí, por tanto, oposición entre la naturaleza y la Historia: la Historia tiene sus raíces en la naturaleza; la civilización es una aspiración de la naturaleza y las civilizaciones tienen su principio en los diversos estados que su naturaleza misma impone a la humanidad. En consecuencia, Augusto Comte no podía romper más brutalmente con el espíritu de Rousseau que al escribir estas líneas en cabeza de la 51 lección del *Curso* consagrada a la *teoría general del progreso natural de la humanidad*: "...Es con arreglo a ese sentido filosófico como la civilización más eminente debe ser, en el fondo, juzgada plenamente conforme a la naturaleza, ya que no constituye en realidad sino una manifestación más pronunciada de las principales propiedades de nuestra especie, que, disimuladas en principio por un entumecimiento inevitable, no podrán sobresalir suficientemente sino en un alto grado de la vida social..." (6).

Si la ley del desarrollo humano es una ley natural, el poder de iniciativa de los individuos tiene sus límites: hay modificaciones a que ninguna intervención humana puede dar lugar, sea porque es demasiado pronto o demasiado tarde. Por grande que sea su genio, Descartes no hubiera podido fundar la ciencia del hombre en una época en que la biología no era todavía positiva. Por otra parte, fué inútil que Juliano el Apóstata tratara de restaurar el politeísmo en una época en que la hora del monoteísmo había sonado. Dicho esto, el genio de Descartes ha hecho adelantar el espíritu que hará positivas las dos últimas ciencias y Juliano ha podido retrasar el advenimiento del monoteísmo en ciertos medios (7): si la Historia sometida a una

(6) *Cours*, 51.ª leçon, t. IV, pp. 498-499. Sobre la Historia y la naturaleza, ver: GEORGES DAVY, *L'explication positiviste et le re-*

cours à l'histoire d'après Comte, Mill et Durkheim, "Revue de Métaphysique", 1949.

(7) Cf. *Cours*, 48.ª leçon, t. IV, pp. 321-323; *Système*, t. II, pp. 454-455.

ley no es contingente, al menos hay una contingencia de la ley de la Historia.

“La marcha de la civilización no se realiza, en puridad, siguiendo una línea recta, sino a través de una serie de oscilaciones, desiguales y variables, como en la locomoción animal, alrededor de un movimiento medio, que tiende siempre a predominar, y cuyo exacto conocimiento permite regularizar por adelantado la preponderancia natural, disminuyendo aquellas oscilaciones y tanteos” (8). Por ello Comte podrá dejar un papel tan importante a la acción de las fuertes personalidades, acción reconocida oficialmente por la inscripción de los más grandes nombres en el calendario positivista. “Nada que sea capital es fortuito” (9): pero no todo lo que sucede es capital y, precisamente, el papel del análisis histórico es el de discernir lo que era necesario y a la vez, tratar de explicar lo que fué contingente.

La humanidad positiva no es, por tanto una especie de monada leibniziana, cuyo contenido sería desarrollado por la Historia. El análisis histórico no actúa supletoriamente con respecto al lógico: su fin no es el de unir lo accidental a lo esencial, sino de separar lo esencial de lo accidental. Comte ha de poner a punto, por lo tanto, un instrumento de análisis complicado, puesto que debe de ser aplicado a una realidad en la cual las necesidades impuestas por la naturaleza y las iniciativas de los individuos están enmarañadas. Si observamos al operario en acción, tendremos una idea de dicha complicación.

En primer lugar, la ley de los tres estados misma no es tan sencilla. Comte no ha confundido en ningún momento los tres estados con tres épocas de la Historia. En cada época, el espíritu aparece como teológico, metafísico y positivo, pero en sectores diferentes de su saber y de su acción. Incluso en las sociedades más primitivas donde el pensamiento es ingenuamente fetichista, las actividades cotidianas; la caza, la pesca, postulan leyes de la naturaleza. Comte gusta de repetir, con Adam Smith, que no hubo nunca un dios de la gravitación (10). A la inversa, incluso cuando el pensamiento sea definitivamente positivista, subsistirá una tentación de animar las cosas (11) y una filosofía del lenguaje mostraría en el sujeto civilizado

(8) *Ibidem*, p. 325. Era ya la analogía empleada en el *Plan des travaux...*, p. 121.

(9) *Cours*, 53.ª leçon, t. V, p. 231.

(10) *Considérations philosophiques sur les sciences et les savants* [1825], en: *Opuscules de philosophie sociale*, pp. 183-184; *Cours*, 51.ª leçon, t. IV, pp. 554-555. Cf. 48.ª leçon, t. IV, p. 251; 58.ª leçon, t. VI, p. 655.

(11) 52.ª leçon, t. V, p. 32: Los que, por ejemplo, hayan sonreído con el mayor desdén ante la ingenuidad del salvaje agitando espontáneamente el reloj cuyo funcionamiento le admira, van, al estropearse ese mismo reloj, a comportarse más o menos confusamente como si alguna potencia oculta hubiese intervenido.

una especie de subconsciente fetichista (12). Así, pues, aplicar la ley de los tres estados significa en todo momento analizar. Estudiar un período histórico determinado, es descubrir las huellas de los tres estados donde quiera que se manifiesten, es hacer aparecer las diferencias de nivel que caracterizan la vida del espíritu en cada momento de su pasado. Es decir, que el análisis histórico iluminado por la ley de los tres estados exige una división no sólo de las ciencias fundamentales, sino de todas las actividades que constituyen la vida del espíritu, con el fin de poder atribuir a cada una su nivel en un momento determinado.

De ahí una segunda complicación. El conocimiento ilumina la acción; cuanto más positiva se hace la ciencia, más dueño de la naturaleza hace al hombre; ahora bien, la acción del hombre sobre la naturaleza tiene una influencia directa sobre la política y la vida social, de suerte que la ley de los tres estados da lugar a dos desarrollos, espiritual y temporal. Al mismo tiempo que el espíritu pasa de la explicación por las causas a la explicación por las leyes, su poder aumenta y la sociedad cambia de fin, lo que implica un cambio de estructura.

La sociedad tiene en primer lugar como fin la guerra: lo que necesitamos lo vamos a tomar al vecino. Cuando los progresos de la ciencia permiten a las sociedades más evolucionadas producir aquello que se necesita, todavía tienen como fin a la guerra, no ya la guerra ofensiva de conquista, sino la guerra defensiva que protege los frutos del trabajo. Cuando el saber sea enteramente positivo, cuando la ciencia del hombre le haya revelado su verdadero destino, la sociedad tendrá por finalidad la producción misma. De donde una nueva estructura: las sociedades organizadas con un fin bélico tienen por jefes naturales a los militares; una sociedad organizada con el fin de producir recluta sus jefes naturales entre los que al principio del siglo XIX se llaman "industriales", ya sean manufactureros, comerciantes, banqueros o agricultores.

Una complicación da lugar a otras nuevas. Todo está en dependencia, las ciencias y las técnicas, la economía y la política, la vida social y las bellas artes. Para dar cuenta de la condición humana en una determinada época de la historia, Comte se inclina a distinguir dos puntos de vista, y bajo cada punto de vista, evoluciones abstractamente distintas y concretamente solidarias (13). He aquí el cuadro metodológico de la investigación histórica:

(12) *Ibidem*, p. 37.

(13) Véase en particular: 48.ª leçon, t. IV.

p. 201 sq.; 51.ª leçon, t. V. p. 517 sq.; 56.ª leçon, t. VI, pp. 12-29.

- 1) Punto de vista intelectual:
 - a) Evolución filosófica y religiosa;
 - b) Evolución científica;
 - c) Evolución estética;
 - d) Evolución industrial.

- 2) Punto de vista social:
 - a) Evolución política;
 - b) Evolución moral.

Estas series no están simplemente yuxtapuestas: la sociedad es como un organismo; es esencialmente *consensus*.

Entre las diversas partes y el conjunto del cuerpo social tiende a establecerse una armonía espontánea. Ideas científicas, obras de arte, instituciones políticas, costumbres, son naturalmente llevadas a ponerse de acuerdo. Naturalmente, de hecho, esta armonía no existe siempre, ya que hay largos periodos en los que precisamente la marcha diversa del progreso en cada serie da lugar a un desequilibrio, en el que, por ejemplo, las instituciones están en retraso con respecto a las opiniones. Pero la tendencia al equilibrio subsiste. Por ello la ley de los tres estados, que rige "el orden de las sucesiones", debe, en todo análisis histórico, combinarse con otro principio, que por otra parte, constituye su corolario: "el orden de las armonías". (14).

Añadamos una última complicación: el cuadro metodológico que Comte propone no representa un orden de exposición definitivamente fijado. El análisis histórico no consiste en aplicar recetas. En la lección 52 del *Curso*, consagrada al fetichismo, y en la 53, consagrada al politeísmo, Comte sigue el orden del cuadro precedente; pero en la 54, consagrada al monoteísmo, comienza por el punto de vista social, por la evolución política; en la 56, consagrada al progreso del espíritu positivo desde el siglo XIV, comienza por la evolución industrial. El primer deber del filósofo es, en efecto, buscar cuál fué, en cada época, la evolución más revolucionaria, si puede decirse, aquella en la cual el progreso hace surgir un elemento del orden definitivo y confiere a la serie una especie de predominio sobre las demás: tal es la división del poder espiritual y del poder temporal exigida por la lógica del monoteísmo (15); tal es el advenimiento de la sociedad industrial en los tiempos modernos (16).

(14) 48.e leçon, t. IV, p. 268 sq.; cf. 56.e leçon, t. VI, p. 10.

(15) *Cours*, 54.e leçon, t. V, p. 238 sq.

(16) 56.e leçon, t. VI, p. 22.

III.—SIGNIFICADO FILOSOFICO DEL ANALISIS HISTORICO

Sea cual fuere la diversidad de las evoluciones concretas, sea cual fuere el predominio pasajero de tal o cual de ellas, queda el que todas expresan una evolución fundamental, la de la inteligencia humana. Filosofía o religión, ciencia, arte, industria, política, moral, representan lo que Comte llama en el *Curso* las “diversas esferas de actividad” de esta inteligencia; los tres estados designan en primer lugar formas de conocer, maneras de explicar. (17).

Comte aborda directamente la cuestión de la unidad fundamental de la Historia en la lección 51 del *Curso*. Su respuesta es categórica: “A pesar de la inevitable solidaridad que reina sin cesar entre los diversos elementos de nuestra evolución social, es preciso asimismo que, en medio de sus mutuas reacciones continuas, uno de estos órdenes generales del progreso sea espontáneamente preponderante, de suerte que imprima habitualmente a todos los demás una impulsión primitiva indispensable, bien que él mismo deba posteriormente recibir, a su vez, a consecuencia de la propia evolución de los demás, un impulso nuevo” ¿Cómo discernirlo? “Es suficiente —prosigue el filósofo— distinguir el elemento social cuyo desarrollo pudiera mejor concebirse, abstracción hecha del de todos los demás, pese a su conexión universal necesaria; mientras que la noción se reproduciría, al contrario, inevitablemente en la consideración directa del desarrollo de estos con este carácter doblemente decisivo, no se puede dudar en colocar en primera línea a la evolución intelectual, como principio necesariamente preponderante del conjunto de la evolución de la humanidad”. (18).

Se trata aquí, pues, de una abstracción. Ni un momento olvida Comte que en la realidad, todo se relaciona; pero si, por una experimentación mental, el espíritu hace desaparecer cada una de las series de hechos que son concretamente inseparables, discierne la que resiste a la operación porque está subyacente con respecto a todas las demás. El análisis histórico no se encuentra al servicio de una Historia empírica: toda la Historia está “dominada” por la del espíritu humano (19). Aunque el orden de exposición cambie en cada período, este predominio fundamental no cambia, pues cada punto de vista particular es precisamente un punto de vista sobre la actividad del espíritu. Es el espíritu quien, en la Edad Media, civi-

(17) Cf. *Cours*, 1.^{ère} leçon, t. I, pp. 2-3.

(18) 51 leçon, t. IV, pp. 517-518. Véase algo más adelante, pp. 520-521, las precauciones que se recomiendan para evitar los incon-

venientes de los cortes destinados a permitir la abstracción de la serie predominante.

(19) *Ibidem*, pp. 518-519.

liza la sociedad occidental según las exigencias monoteístas e introduce la separación radical de los dos poderes. Es el espíritu el que, en la época moderna, industrializa la sociedad occidental y el que, perfeccionando las técnicas, provoca la construcción de las grandes manufacturas con una clase de ingenieros, un proletariado obrero, una nueva aristocracia, etc. "Así pues, de acuerdo con la evidente necesidad científica de coordinar el conjunto del análisis histórico con relación a una evolución preponderante, con el fin de evitar la confusión y la oscuridad que toda otra marcha produciría inevitablemente, sea en la exposición, sea incluso en la concepción, de un sistema tal de desarrollos solidarios y simultáneos, debemos evidentemente escoger aquí... la historia general del espíritu humano, como guía natural y permanente de todo estudio histórico de la humanidad". Prosigue Comte: "en esta historia intelectual", convendrá detenerse en las "concepciones más generales y más abstractas", las que ponen en juego "las facultades mentales más eminentes" y que tratan de explicar "el conjunto de los fenómenos", las que se llamarán más adelante *visiones del mundo*. Así, "la historia general de la filosofía... deberá presidir necesariamente la coordinación racional de nuestro análisis histórico." (20).

¿No se trata de un idealismo histórico bien extraño en una doctrina que se dice positivista?

Este idealismo sería tanto más extraño cuanto que Augusto Comte ha insistido siempre en la débil energía de nuestras facultades intelectuales. Se trata de un supuesto fundamental de la psicofisiología positivista: la obra de Gall dista de ser definitiva; el estudio científico de las localizaciones cerebrales ha comenzado apenas, pero la más elemental geografía del cerebro hace surgir una desproporción entre los territorios reservados a la afectividad, a las necesidades, etc..., y la pequeña parte de la región frontal reservada a las facultades de concepción, coordinación, etc... (21). Esta debilidad científicamente establecida tiene, por otra parte, el poder de conmover al filósofo: lo comprueba con melancolía y también con orgullo. El hombre es intelectualmente perezoso, no está inclinado espontáneamente hacia la investigación desinteresada, el ejercicio del pensamiento le fatiga; incluso hoy día en que la humanidad es adulta, hay pocos y siempre habrá pocos servidores auténticos del espí-

(20) *Ibidem*, pp. 519-520. Por supuesto, la palabra *philosophie*, subrayada por Comte, cubre todas las *visions du monde* ya sean fetichistas y politeístas como monoteístas y metafísicas, lo mismo se encuentren difusas en el

pensamiento como aquellas que reciben una expresión literaria en los libros,

(21) Cf. 45.ª leçon, t. III, p. 618 sq. Este tema se renueva sin cesar, por ejemplo: 50.ª leçon, t. IV, p. 437; 51.ª leçon, t. IV, p. 534 sq.

ritu. Y ¿qué es, sin embargo, la Historia descifrada a la luz de la ley de los tres estados, sino la lenta, lentísima evolución de esta inteligencia que, a través de groseras imaginerías, mitos, sueños quiméricos, no cesa de imprimir su rumbo a las diversas actividades y llega por fin a encontrarse a sí misma en la positividad de la ciencia?

Hasta tal punto no olvida Comte esta emocionante debilidad de la inteligencia que la recuerda en las páginas mismas en las que afirma el predominio de "la historia intelectual" (22). Esto no puede, por lo tanto, contradecir aquélla.

Es preciso aquí entenderse respecto a la naturaleza de la inteligencia. No es ni un tesoro de ideas innatas que constituya una sustancia espiritual, ni un sistema de categorías que constituya un sujeto trascendental: es "la aptitud para modificar su conducta, de acuerdo con las circunstancias de cada caso". (23). Su estudio no está ligado ni a una ontología ni a una epistemología, sino a una antropología.

Cuando Augusto Comte la presenta pasando sucesivamente por tres estados, cada estado es una manera de explicar, puesto que es un estado de la inteligencia, pero conviene precisar en seguida: una forma de explicar el mundo, puesto que es la inteligencia de un hombre existente en el mundo, puesto que su existencia misma le obliga a pensar en el mundo en el cual vive.

Hay por lo tanto un supuesto fundamental en la antropología positivista: la relación del hombre con la naturaleza. Es una relación esencialmente vital: se trata de vivir en este mundo, y en consecuencia, utilizando lo que se halla en este mundo.

La relación vital del hombre con la naturaleza está, por tanto, orientada espontáneamente hacia la explotación de la naturaleza por el hombre y para el hombre. Es esta relación la que expresa el trabajo. Ahora bien, es, a la vez, de orden afectivo y de orden especulativo. En efecto, pone en juego funciones afectivas y activas que empujan al hombre hacia el mundo para tomar en él lo que debe satisfacer sus necesidades. Pone también en juego funciones intelectuales, porque tomar implica comprender, aunque fuera por medio de representaciones irracionales.

"La acción real del hombre sobre el mundo exterior" es tan decisiva que Comte declara: "Su desarrollo gradual constituye, sin duda, uno de los aspectos principales de la evolución social, y sin el impulso de ella se puede decir incluso que el conjunto de esta evolución no hubiera sido posible, puesto que se hubiese deteni-

(22) 51.^e leçon, t. IV, p. 520.

(23) 45.^e leçon, t. III, p. 623.

do, al nacer, por el predominio de los obstáculos materiales propios de la condición humana". Traduzcamos: si el hombre no hubiese llegado a perfeccionar sus instrumentos para explotar los recursos de la naturaleza, las sociedades hubiesen permanecido en el estado de grupos menores, más o menos nómadas, sin elevarse apenas por encima del fetichismo original. "En una palabra —continúa Augusto Comte— la progresión, sea política, sea moral, sea intelectual, de la humanidad, es inseparable necesariamente de su progresión material, en virtud de la íntima solidaridad mutua que caracteriza el curso de los fenómenos sociales" (24). ¿No se halla aquí el principio de lo que se llamará materialismo histórico?

Del mismo modo que no se debía hablar demasiado a prisa de idealismo histórico, no hay que hacer ahora demasiado pronto una relación con el materialismo histórico, pues Comte añade acto seguido: "Ahora bien, es evidente que la acción del hombre sobre la naturaleza depende principalmente de sus conocimientos adquiridos en lo que respecta a las leyes reales de los fenómenos..." La inteligencia es inmanente al trabajo y esta inmanencia se expresa en una especie de influencia recíproca: el pensamiento hace más eficaz a la acción y la eficacia de la acción libera al pensamiento.

Tal es la paradoja de la civilización, esta civilización que es el desenvolvimiento de la naturaleza. "La civilización consiste, hablando con propiedad, en el desarrollo del espíritu humano, de un lado, y por el otro, en el desarrollo de la acción del hombre sobre la naturaleza, *que es su consecuencia*". (25). Estas líneas están sacadas del opúsculo que ha presentado por vez primera la ley de los tres estados y la clasificación de las ciencias: Comte no ha cesado de meditar sobre el círculo que hace del efecto una condición y de la condición un efecto. La civilización no puede ser a la vez material y espiritual, ya que el espíritu incrementa la cantidad de bienes materiales y el aumento de los bienes materiales favorece el desarrollo del espíritu.

"Al desarrollar, en un grado inmenso y siempre creciente, la acción del hombre sobre el mundo exterior, la civilización parece ante todo que debe concentrar cada vez más nuestra atención hacia los cuidados de nuestra sola existencia material, cuyo entretenimiento y mejora constituyen, en apariencia, el objeto principal de la mayoría de las ocupaciones sociales." Si se piensa que, a consecuencia de la ley de los tres estados, el espíritu positivo, en el plano temporal, anima a sociedades organizadas, administradas, dirigidas con

(24) 49.ª leçon, t. IV, p. 404.

(25) *Plan des travaux...*, p. 112 [palabras subrayadas por el autor del artículo].

vistas a la producción, pudiera creerse en el advenimiento de una civilización esencialmente materialista. “Pero —añade Comte— un examen más profundo demuestra, por el contrario, que este desarrollo tiende continuamente a hacer prevalecer las facultades más eminentes de la naturaleza humana...” (26). Comenzando por las facultades intelectuales: más la acción sobre la naturaleza da al hombre la seguridad de que sus necesidades serán satisfechas, menos son absorbidas por las exigencias inmediatas de la vida elemental; más son liberadas de los instintos y de la afectividad, más libres son para una curiosidad desinteresada; por otra parte, el ejercicio de la función fortifica la función, cada progreso de la inteligencia aumenta su capacidad para el progreso. (27).

Hay, por tanto, una ambigüedad en la ley de los tres estados, y el mayor contrasentido que pudiera cometerse contra el positivismo, sería no respetar esta ambigüedad. Las expresiones idealismo histórico y materialismo histórico corresponden bien a dos aspectos de la evolución humana tal y como Comte la ve, pero como estos dos aspectos se complementan, cada expresión niega la otra, de suerte que vale más abandonarlas ambas.

El positivismo es una filosofía de la historia del tipo de las que Raymond Aron llama “visiones panorámicas del conjunto humano” (28): no es seguro que la razón pueda descubrir el sentido de la Historia ni decir siquiera si la Historia posee un sentido; la filosofía no es tal vez aquí sino una suplente de la teología. Pero ningún trabajo filosófico es vano, cuando es la obra de un espíritu grande. Ya se reconozcan o se rechacen los principios directos del positivismo, queda el hecho de que Augusto Comte ha puesto a punto una técnica del análisis histórico cuyo mecanismo merece atención y cuyos resultados justifican un estudio exacto. Por ejemplo, los motivos por los que Comte hace comenzar los tiempos modernos en el siglo XIV y no en el XVI, sus puntos de vista sobre “el intelectualismo”, como hoy diríamos, de la síntesis tomista, su descripción de la sociedad industrial, sus reflexiones sobre la historia de las diferentes ciencias y otras muchas “tesis” propias de su filosofía, sorprenderían con seguridad a aquellos lectores a quienes un positivismo escolar y simplista ha hecho desconfiar de los gruesos volúmenes *Curso* y de la *Política*.

París, Sorbona.

(Traducción de Patricio Aguirre de Cárcer).

(26) *Cours*, 51.^e leçon, t. IV, p. 500.

(27) Véase *ibidem*, pp. 501-504.

(28) *Introduction à la philosophie de l'histoire*, Paris, Gallimard, 1938, p. 12.